

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

¿Qué es la villa?.

Diego Ezequiel Litvinoff.

Cita:

Diego Ezequiel Litvinoff (2007). *¿Qué es la villa?. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/556>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

¿QUÉ ES LA VILLA?

Diego Ezequiel Litvinoff

Facultad de Sociología
Universidad de Buenos Aires

diegolitvinoff@yahoo.com.ar

PRESENTACIÓN

El presente trabajo se propone plantear el proceso de fragmentación socio-económica y de segregación urbana en la ciudad de Buenos Aires, tomando como punto de referencia a la villa miseria.

Se hará una crítica de las concepciones que intentan explicar el fenómeno como algo ajeno al proceso social y por lo tanto, entendiéndolo como una fuente de conflictos. Se sostendrá que el fenómeno de la villa es producto de la propia realidad social. A su vez, se estudiarán los casos que ocupan el otro extremo de la fragmentación, explicándolos como parte del mismo proceso. También, se hará hincapié en los puntos de encuentro entre esos dos extremos. La imposibilidad de la unión será entendida como constitutiva y como verdadera esencia de la realidad moderna, manifestada en la villa como una denuncia de la irracionalidad en la que se sostiene la sociedad actual. Esto no significa que el problema de la villa no tenga solución y que no se deba hacer nada al respecto. Siempre hay formas de atenuar una situación que se entiende intolerable. Sin embargo, buscar una solución de raíz implica pensar en un cambio social. Este trabajo intenta desarrollar una teoría crítica de la concepción actual, con la intención de replantear el tema desde lo más profundo para un futuro desarrollo de alternativas. El estilo de escritura intenta acompañar el contenido de lo expuesto, pretendiendo inquietar al lector, hacer que no se sienta indiferente ante lo dicho y de esa forma invitarlo a reflexionar.

DESARROLLO

¿Cómo se escribe?

—Mamá, ¿villa con qué ve se escribe?—preguntó la nena levantando la mirada de su cuaderno.

—Eh... no sé. Preguntáale al señor—me miraron las dos, esperando mi respuesta.

—¿Con qué ve se escribe villa?—volvió a preguntar ante mi silencio.

No pude responder. ¿Ve corta o be larga? Esa no es la cuestión. Duplicarla, transformarla en un concepto, ¿es eso posible? La villa se resiste a ser aprehendida. Su esencia se constituye por escapar constantemente a la lógica de abstracción típica de la sociedad en que vivimos. Expulsada de aquel

designio, enterrada, emerge como un foco resistente que no puede ser extirpado.

Antes de preguntar cómo se escribe, habría que preguntar si es posible escribirla. Aquellos que hablan sobre la villa, políticos, planificadores urbanos, asistentes sociales, se proponen erradicarla. Como si la villa fuera un problema y no la emergencia de una realidad que nos constituye como sociedad. La villa es para ellos un foco de conflictos, la fuente del delito y por lo tanto, si se solucionara “la cuestión de la villa”, aquellos inconvenientes desapareceríanⁱ.

Durante la dictadura militar, ésta fue la política del gobierno de la ciudad de Buenos Airesⁱⁱ. Se propusieron terminar de manera definitiva con las villas. Esta política se hizo efectiva a través de la expulsión de sus habitantes, que emigraron forzosamente hacia la periferia de la ciudad. Terminar con las villas para ellos significaba liquidar a los *villeros*. Encarcelarlos y matarlos fueron las primeras soluciones. Pero su política de exclusión multiplicaba aquello que querían hacer desaparecer. La política económica neoliberal implantada por el régimen dictatorial fue el equivalente de la política de desaparición física de personas. Es la política de exclusión que funda una nueva era en el devenir argentino, la base sobre la que se desarrollará la historia del país en los años subsiguientes. Se excluía en nombre del orden social, pero esa exclusión es la que funda el desorden. Había entonces que disimular su existencia, esconderlos, como si no estuvieran ya ausentes en ese pozo que abren las paredes de la villa: no debían verse ni sus muros. Había que mostrarle al mundo que Argentina era un país derecho, cuyas calles rectas no se detenían de ninguna manera. El mundial de fútbol de 1978 fue una excusa para comenzar con la erradicación forzosa de las villasⁱⁱⁱ. Se argumentaba que era una mala imagen ante la visita de los turistas. El turista proveniente del primer mundo representa la mirada del orden mundial moderno y su exigencia de inscribir definitivamente a la Argentina en ese proceso. La modernidad muestra en estos casos extremos la contradicción sobre la que se funda y la voluntad de ocultarla.

Las villas son el resultado de la división social que querían ocultar los militares al tiempo que la propagaban. Las políticas económicas aplicadas durante este período multiplicaron la pobreza y la miseria. El resultado fue que, con la vuelta de la democracia, aquellos que habían sido expulsados regresaron a su lugar de origen, sin haber podido salir de aquella condición^{iv}. La democracia se configura entonces como un *blanqueo*, como la re-emergencia de conflictos olvidados por el imaginario colectivo y la toma de conciencia de su agravamiento. Sin embargo, la forma de interpretar estos conflictos le adjudicó al gobierno militar su causa en lugar de entender que se trataba del caso inverso, de que en realidad la propia dictadura fue el resultado de esa contradicción. Se pretendió localizar al enemigo en el cuerpo militar para, de esta forma, expiar los males. Esta ceguera de la democracia llevó por un lado a que el castigo de los culpables no pueda hacerse efectivo. Como el discurso del orden nunca fue abandonado, ese orden que excluye, que genera el consenso que precisan los sectores dominantes para mantener su dominio, el perdón de los asesinos pudo hacerse efectivo en su nombre, para *pacificar* la sociedad.

Por otro lado, lo que la ceguera de la democracia permitió fue el hecho de que en la medida en que sus políticas continuaron en la misma línea que las de la dictadura militar, las villas comenzaron a expandirse y multiplicarse. La democracia, de esta manera, al continuar la tarea empezada por los dictadores, también produjo sus propios desaparecidos, aquellos que fueron expulsados de la lógica moderna y enterrados en las villas^v.

Los políticos elegidos por el pueblo también pretenden terminar con lo que sus políticas producen. Se muestran entendidos y nos hablan de las villas. Hablan de ellas como si fueran el producto de un pensamiento, el resultado de la razón. No entienden que las villas son pozos. Que en ellas se hundan seres humanos expulsados del andar recto y predecible de la ciudad.

Los laberintos

Caminar por una villa es como meterse en un laberinto: es difícil entrar pues sus caminos expulsan, pero una vez que se entra es casi imposible salir. Es un calabozo, pero al mismo tiempo un refugio. El Estado pretende entrar, para brindar servicios, asistencia, salud, seguridad. Pero también para castigar, reprimir y expulsar. El Estado, sin embargo, logra entrar por los resquicios: hay escuelas primarias, por ejemplo. Pero esto no garantiza la salida. “Lo importante”, sostiene una maestra de una escuela de la villa, “es que los chicos lleguen al secundario, donde comienzan a relacionarse con chicos de otra condición”^{vi}. Pero no todos llegan. La mayoría deserta y el círculo vicioso continúa.

Pero este círculo no es geométrico, sino laberíntico. Las villas no son racionales y lo que eso muestra es que la sociedad en que vivimos es irracional. Con la villa emerge aquello que constituye a la propia sociedad, su verdad más profunda y por lo tanto más negada. La solución que se propone es sacarse los ojos, hacer desaparecer la contradicción solamente evitando la mirada y si negarlo resulta imposible, se debe racionalizar, conceptualizar, para luego poder entonces erradicar.

Hay un barrio de la ciudad cuyas calles también son curvas^{vii}: es el barrio de los multimillonarios. Su acceso es también difícil, no pasan líneas de colectivos, ni subtes, ni ningún otro medio de transporte popular. Los precios de las viviendas son exorbitantes y su difícil accesibilidad lo convierte en un paraíso de ricos y famosos, aislados de la plebe. Para vivir allí, además de contar con el dinero necesario para comprar y construir se necesitan por lo menos dos autos por familia. La diferenciación simbólica que constituye poseer una vivienda en el barrio rico por excelencia determina el valor de la renta^{viii}. El que quiere ser exclusivo, debe pagar por ello. Las líneas curvas de las calles impiden la entrada de los desconocidos, pero esas líneas son racionalmente curvas, como las calles de Florencia. Un proceso similar al descrito es el fenómeno de suburbanización de las elites que establecen sus residencias en barrios privados^{ix}. Se configura así una ciudad que presenta dos realidades disímiles, aunque relacionadas entre sí por la misma lógica de exclusión: esta es la ciudad dual^x. Esto no quiere decir que haya dos ciudades paralelas sino que lo que funda la ciudad es la exclusión y por lo tanto aparece una realidad doble,

pero que se configura como las dos caras de una misma moneda. La exclusión se hace presente en cada uno de los extremos, el laberinto que impide la integración y expulsa a lo ajeno está en el corazón mismo de la urbe y se hace visible en cada uno de sus extremos.

La caída

En la villa originalmente no se pagaba renta. Había contactos que informaban sobre la existencia de lotes que se estaban repartiendo y de ese modo se accedía a ellos. Esto no significa que las villas escapen al circuito de explotación. En primer lugar, el hecho de que un número elevado de personas pueda “sobrevivir” con lo mínimo, permite al sector propietario de bienes de producción, pagar para determinados trabajos un salario que no incluya en el propio valor de reposición de la mano de obra, el pago del alquiler^{xi}. Al mismo tiempo, esto le permite a la clase rentística fragmentar el mercado, encareciendo los precios de las propiedades que poseen. Para estar *adentro* hay que pagar un *plus*, y el que no lo puede pagar, es expulsado. Como dice un habitante de la villa 31: “la opción era o ir abajo de un puente o venir a la villa”^{xii}. No pudo seguir pagando su alquiler.

La villa en algunos casos da cobijo. Se generan lazos de solidaridad entre vecinos que se reúnen para resolver los problemas más urgentes en primera instancia, pero también para desarrollar una subjetividad que les permita resistir a su condición de marginados. Se reconocen entre ellos, se saludan y se ayudan con las cosas mínimas. Desde brindar materiales para la construcción, hasta la organización de un día del niño. Una señora que vivió en la desaparecida villa del Bajo Belgrano asegura: “los mejores días de mi vida los pasé en la villa”^{xiii}.

Sin embargo, los tiempos de solidaridad y hermandad hoy parecen un bello recuerdo de un pasado que siempre fue mejor. Hoy, como en el resto de la sociedad, en la villa gobierna el miedo y la desconfianza: los militares dejaron aquí también marcada su huella. El éxito de su política, más allá del fracaso en cuanto a la devaluación de su prestigio, fue el haber roto los lazos de resistencia ante la desunión constitutiva, haber destruido ese mecanismo que existía en la sociedad para luchar contra la desunión y generar ciertas condiciones de mejora en la calidad de vida. La política del miedo y la desconfianza, necesaria para aislar a los excluidos y permitir la exacerbación de la desigualdad, ha sido moneda corriente desde la dictadura hasta nuestros días.

La droga también se ha metido en la villa; por los resquicios donde penetra, no se la puede sacar. El negocio es demasiado grande y cuando interviene el Estado lo hace curando a los enfermos y no atacando a los verdaderos delincuentes. Adicto es el que no tiene dicción, el que no puede hablar. Y la villa es lo indecible de la sociedad. El control del sujeto sobre su objeto se logra mediante la racionalización, mediante el lenguaje. Cuando el sujeto es dominado por su objeto se dice que es adicto, porque pierde su capacidad de hablar, de controlar. La droga *prende* en la villa porque confirma una adicción preexistente. El silencio se hace cada vez más insoportable y cuando llega la ayuda, es siempre tarde, es la palabra de castigo, la que incrementa la falta, la

que nunca cura. La falta de palabra hace que los aislados de la sociedad se aislen ahora entre sí rompiendo sus lazos de solidaridad, de subjetividad. El aislamiento genera desconfianza y con la necesidad de dinero para adquirir el bien inagotable, el delito se produce también entre pares.

La solidaridad desaparece y ese es el terreno propicio para el ingreso del mercado: la renta inmobiliaria también hoy en día ha penetrado en la villa. Se alquilan cuartos donde se duerme hacinado y a un precio realmente rentístico; se construye para arriba, se venden pisos. El mercado ha penetrado en la villa, hoy más fuerte que nunca. Alquilar en la villa, sin embargo, es mucho más barato que alquilar fuera de ella, por lo que la villa continúa siendo el lugar de los excluidos. Las diferencias siguen estando bien marcadas. Además de la disposición de las calles, lo que de inmediato se percibe, es el material con el que están construidas las viviendas. Se trata, en la mayoría de los casos, de elementos económicos y vulnerables al frío, al calor, al paso del tiempo. Constituyen la esperanza, en principio, de que la estadía sea transitoria. Con el tiempo, comienzan las construcciones más firmes, generalmente de ladrillo hueco, pero con la particularidad de que no suele ser tapado con revoque. Queda así a la vista, como una herida que se muestra, que no pretende armonizar con el ambiente, que le comunica a quien pasa que fue construida contra su voluntad. Por más que se levante por sobre el nivel de la tierra, guarda los rasgos de lo que en realidad se mantiene por debajo de ella. No hay nada que ocultar pues todo allí está a la vista. Todo allí es pobreza y carencia.

Otra cuestión fundamental que distingue a la villa es la ausencia de servicios públicos. Sus habitantes suelen no poseer agua potable y deben comprar el gas en garrafas. Pero la carencia más importante es la falta de luz. Por la noche, en la villa es difícil orientarse, excepto por las pocas luces que provienen de las viviendas que la obtienen mediante conexiones ilegales. Los habitantes de la villa están *colgados* y esto es lo que les permite no caer en la oscuridad absoluta, en el pozo sin fondo. Por estar *colgados* no se caen, pero eso mismo es lo que les impide moverse. Estar *colgados* es la caída.

La unión imposible

En la villa no hay dinero. Quien quiera *hacerse de unos mangos*, deberá peregrinar por la urbe, deberá salir a buscarse los medios, errar por las calles ajenas en busca de migajas. Pero para siempre volver, pues la ciudad le recordará que en realidad nunca se había ido.

Los habitantes de las villas salen, entonces, en busca del mercado. Muchos trabajan por sueldos infrahumanos. Cuando queda vacío el recuadro que pregunta por la dirección en la que vive el solicitante del empleo, es una señal para el empleador de que está ante una persona a la que, para reproducir sus niveles de vida, se le podrá pagar por debajo del mínimo establecido por la ley. Sin embargo, “ningún empleador que se rija por los mecanismos legales debería contratar a esa gente”^{xiv}, asegura un especialista en derecho laboral. Según dice el experto, suelen tener muchos hijos, lo que encarece el sueldo. Además, cuando faltan al trabajo por enfermedad es imposible hacerles llegar al médico de la obra social, porque no entran en esa zona. Lo mismo sucede si se le manda una carta documento ante la reiteración de faltas, ésta siempre

vuelve con la aclaración de que no ha llegado a destino por ser una zona peligrosa. Es por eso que les resulta muy difícil acceder a un trabajo digno y en la mayoría de los casos se deben conformar con un trabajo en negro, mal pago, en malas condiciones y sin ningún tipo de seguro social. Quienes ni siquiera consiguen eso, tendrán que vivir *haciendo changas*. Lo constante, es una condición laboral inestable que reafirma la condición de marginado e impide la posibilidad de superarla. La villa pesa en las espaldas de los que salen a buscar trabajo y no lo consiguen.

En este aspecto, los jóvenes son los más afectados. Una vez que abandonan el colegio, les resulta casi imposible trabajar y buscan mecanismos alternativos para conseguir dinero. Uno de ellos es pararse en las esquinas para limpiar el parabrisas de los autos, a cambio de monedas. Sin consultar al conductor, el trapo cae sobre el vidrio y comienza la tarea imposible de franquear ese límite que separa una realidad de otra. El único contacto es el momento en el que la ventanilla se abre lo suficiente como para que pasen los dedos con las monedas que no pagan el trabajo realizado (en la mayoría de los casos el vidrio ya estaba limpio) sino que agradecen haber mantenido la distancia, por no haber llevado a término la tarea de traspasar el límite en el acto de violencia que constituía la posibilidad de interacción entre dos mundos fragmentados. El intercambio mercantil revela aquí su verdadera función de unir lo imposible, para separarlo sin rastros. Evitar la sangre. Esas esquinas son nudos urbanos donde la realidad se manifiesta en su complejidad y muestra su segmentación real. Son por lo tanto puntos ciegos de la teoría de la democracia en América Latina^{xv}.

Lo mismo sucede con los más chicos, que simplemente piden monedas. Suelen reunirse en lugares donde circula gran cantidad de gente con enorme poder adquisitivo. Aparecen entonces puntos en la ciudad donde coinciden lo más moderno y su contracara^{xvi}. El lugar y la forma de trabajo las define el hombre que se queda con el dinero, a cambio de brindarles lo mínimo para vivir. Esta es su verdadera escuela, donde estos chicos aprenden cómo será su vida: la deserción del colegio es entonces ilusoria. Las personas que dan monedas saben a quién son entregadas, saben de la injusticia, pero igualmente siguen haciéndolo. Nunca se entrega lo que en realidad se está pidiendo. Lo que ellos piden es la unión, el fin de la fractura social. Miran desde el pozo, extienden las manos para poder salir. Con la moneda termina el pedido y ellos vuelven al entierro. Por eso es que siempre se vuelve a dar, porque en la entrega está el rechazo.

CONCLUSIÓN

Globalización y barbarie

La sociedad está fracturada y los puntos de choque de esa fractura la confirman. Los extremos están en los barrios privados y en las villas. Pero esa fractura no separa. No se conforman dos mundos distintos, como quieren señalar algunos autores. No hay formas de vida paralelas. Se trata de una misma realidad. La contradicción es la esencia de lo social. La racionalidad absoluta que propone la ciudad con sus calles rectas se construye sobre la

negación de la separación, que es su elemento principal. La ciudad es moderna y es inherente a ella la contradicción en que se funda la modernidad. La globalización completa, en la misma dirección trazada desde el inicio de la modernidad, ese camino que tiende al infinito. La “ciudad mundial”^{xvii} se extiende aparentemente sin límites, superando la antigua distinción urbe-suburbio, pero los límites surgen en su propio interior.

La globalización es una exacerbación de las desigualdades mundiales. El dinero y el poder se concentra en un número cada vez más reducido de individuos en un proceso que se sustenta en la exclusión de una masa cada vez mayor de personas. Para concentrar hay que expropiar. La apropiación de un excedente, que permite la división entre campo y urbe y por lo tanto constituye el comienzo de las ciudades^{xviii}, se reproduce dentro de la propia ciudad y entre los distintos países en un nivel exorbitante. La ciudad se expande al ritmo de una economía globalizada y esa misma expansión es la que revela su contradicción fundante.

La villa emerge de ese proceso de expansión urbana, es la realidad que se hace inocultable. La intención de las políticas modernas es presentarla como ajena al proceso, como una falla del sistema que puede ser corregida. La definen como si fuera la fuente de los males y no su consecuencia inevitable. Ellos creen que escribir villa con ve es correcto y suponen que así como se puede escribir, también se puede borrar. Lo que ignoran es que la villa no está afuera sino que es inmanente e inminente: emerge en focos cada vez menos controlables, menos conceptualizables. Las fronteras son cada vez más difusas y los *villeros* son cada vez menos identificables en un “ellos”. Los que excluyen no pueden hablar de un “nosotros” sin mentirse a sí mismos. El proceso de concentración de la riqueza y el poder avanza indiferente, pretendiendo racionalizar su propia contradicción al tiempo que la reproduce. La villa no se puede escribir porque ella nos escribe a nosotros, habla de nosotros y nos denuncia: la villa somos todos.

BIBLIOGRAFÍA

- Ciccolella, P. (1999, septiembre 21-24) Grandes inversiones y reestructuración metropolitana en Buenos Aires: ¿Ciudad global o ciudad dual del siglo XXI?. En V seminario internacional de la RII. Toluca, México.
- Clichevsky, Nora. (1986). Política urbana y mercado de tierra. Buenos Aires 1970-1986. *Revista SIAP*. 80-87.
- Jaramillo, S. (1990) *El desenvolvimiento de la discusión sobre la urbanización latinoamericana: ¿hacia un nuevo paradigma de interpretación?*. Quito: Editorial Ciudad.
- Jaramillo, S. (1994) *Hacia una teoría de la renta del espacio urbano*. Bogotá: Editorial Unidades.
- Sassen, S. (1997, marzo 13-15) Las ciudades en la economía global. En Simposio *La ciudad latinoamericana y el caribe en el nuevo siglo*. Banco Interamericano de Desarrollo. Barcelona.
- Singer, P. (1975). *Economía política de la urbanización*. México: Siglo XXI.
- Torres, Horacio. (1998). Procesos recientes de fragmentación socioespacial en Buenos Aires: la suburbanización de las elites. *El nuevo milenio y lo urbano*. 1, 1-17.
- Ziccardi, A. (2001). Las ciudades y la cuestión social. En *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América latina* (pp. 85-126). Buenos Aires: Clacso.

DOCUMENTALES

- *Crónicas villeras*, Marcelo Céspedes y Carmen Guaraní, Buenos Aires, 1988.
- *Los Totos*, Marcelo Céspedes, Buenos Aires, 1983.

NOTAS

ⁱ Estos puntos de vista constituyen lo que Samuel Jaramillo denomina “teoría de la marginalidad” de derecha. Según el autor, estos teóricos sostienen que “...si la organización espacial es decisiva en la determinación del comportamiento, una forma de atacar estas pautas tradicionales de los marginales es la remoción del marco ecológico que las sustenta...”, S. Jaramillo, *El desenvolvimiento de la discusión sobre la urbanización latinoamericana: ¿hacia un nuevo paradigma de interpretación?*, Ed. Ciudad, Quito, 1990, p. 42.

ⁱⁱ Nora Clichevsky sostiene que “...paralelamente al cierre de opciones a nivel económico y al autoritarismo político, se enfrentan con la situación de desolación a nivel del espacio urbano de Buenos Aires: a los desalojos y la erradicación compulsiva de las villas se suma el encarecimiento del lote individual de la periferia...”, N. Clichevsky, “Política urbana y mercado de tierra. Buenos Aires 1970-1980”, en *Rev. SIAP.*, p. 86.

ⁱⁱⁱ *Crónicas villeras* de Marcelo Céspedes y Carmen Guaraní, Bs. As., 1988.

^{iv} *Ibíd.*

^v Esta es la época en que, como señala Alicia Ziccardi, la pobreza constituye en las sociedades latinoamericanas el problema fundamental. La autora afirma que “...en las sociedades latinoamericanas la pobreza es hoy la principal cuestión social [...] en las últimas décadas ha crecido notablemente en el medio urbano...”, A. Ziccardi, “Las ciudades y la cuestión social”, en *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América latina.*, Clacso, Bs. As., 2001. p. 103.

^{vi} Se puede ver en el documental *Los Totos* de Marcelo Céspedes, Bs. As., 1983.

^{vii} El barrio al que se hace referencia es Palermo Chico.

^{viii} Esto es lo que constituye la “renta de monopolio de segregación”, S. Jaramillo, *Hacia una teoría de la renta del espacio urbano*, Ed Unidades, Bogotá, 1994, p. 166.

^{ix} Al respecto Horacio Torres dice que “...la suburbanización de las elites [...] se constituye, durante la década de 1990, en la base de un submercado residencial floreciente que acapara el interés de los empresarios inmobiliarios...”, H. Torres, “Procesos recientes de fragmentación socioespacial en Buenos Aires: la suburbanización de las elites”, en *Seminario de investigación urbana, el nuevo milenio y lo urbano*, Mimeo, 1998, p. 3.

^x Así la llama Pablo Ciccolella. Este fenómeno se hace evidente en Buenos Aires “...barrios enteros de la Ciudad de Buenos Aires y municipios enteros de los suburbios casi no se han enterado de la globalización metropolitana ni han obtenido un solo beneficio de ella, si es que los trae, desde una perspectiva social...”, P. Ciccolella, “Grandes inversiones y reestructuración metropolitana en Buenos Aires: ¿Ciudad global o ciudad dual del siglo XXI?”, en *V seminario internacional de la RII*, Toluca, Méjico, 21-24 septiembre 1999, p. 15.

^{xi} No se paga lo que se denomina “renta diferencial de vivienda”, S. Jaramillo, *Hacia una teoría de la renta del espacio urbano*, Ed Unidades, Bogotá, 1994, p. 168.

^{xii} Se puede ver en la película *Crónicas villeras* de Marcelo Céspedes y Carmen Guaraní, Bs. As., 1988.

^{xiii} *Ibíd.*

^{xiv} Entrevista realizada a un especialista en derecho laboral que pidió que no se publicara su nombre.

^{xv} Alicia Ziccardi describe esta realidad como un proceso de segmentación social y segregación urbana. Según la autora, “...las ciudades se caracterizan hoy por ser divididas, fragmentadas, segmentadas...”, A. Ziccardi, “Las ciudades y la cuestión social”, en *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América latina*, Clacso, Bs. As., marzo 2001, p. 104.

^{xvi} Un ejemplo son los cines Village de Recoleta.

^{xvii} Así la define Saskia Sassen, “...la intensidad creciente de los servicios en la organización de la economía en general y las condiciones específicas de la producción de servicios empresariales avanzados, incluidas las condiciones en que se dispone de tecnologías de información, vierten a algunas ciudades una vez más en sitios de “producción” decisivos [...] Son las ciudades mundiales...”, S. Sassen, “Las ciudades en la economía global”, en *Simposio la ciudad latinoamericana y el caribe en el nuevo siglo*, Banco interamericano de desarrollo, Barcelona, Marzo 1997, p. 4.

^{xviii} Según Paul Singer, “...la producción y/o captura de un excedente de alimentos permite a una parte de la población vivir aglomerada, dedicándose a otras actividades que la producción de alimentos...”, P. Singer, *Economía política de la urbanización*, Siglo XXI, México, 1975, p. 7.